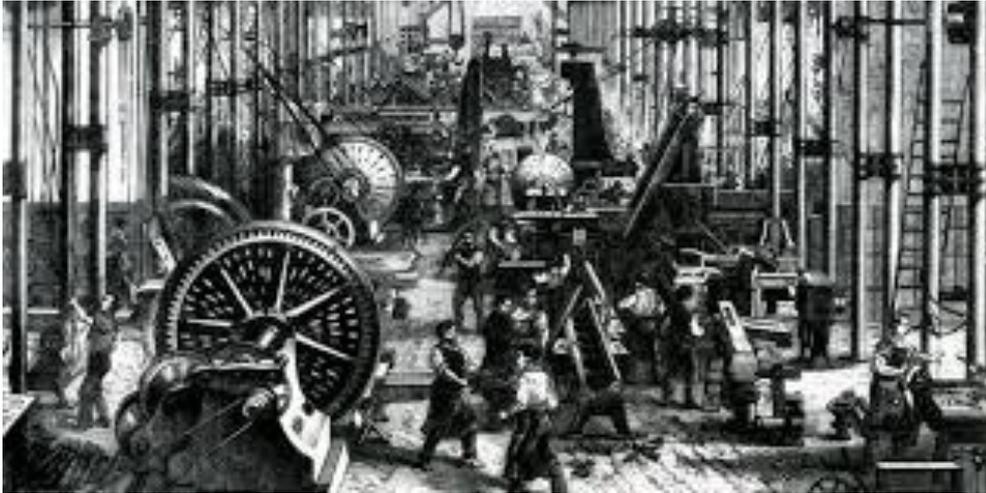


Preguntas de conocimiento: ¿Cómo denominar las fases históricas o los hechos históricos relevantes? ¿Pueden las denominaciones confundir sobre la realidad de los hechos históricos?



Tema: en esta píldora se analizan las virtudes y defectos que tiene la expresión “Revolución industrial” para denominar lo realmente ocurrido.

Actividad.

¿Qué argumentos plantearías a favor y en contra de la denominación “Revolución industrial”? Descúbrelos en el siguiente texto de Gabriel Tortella.

La expresión “Revolución industrial” ha tenido fortuna y hoy es empleada corrientemente no solo entre historiadores económicos, sino también entre estudiosos de cualquier disciplina, e incluso entre el público en general. Quien empleó por primera vez este sintagma fue un economista francés de la primera mitad del siglo XIX, Adolphe Blanqui, el cual señaló que, mientras Francia experimentaba su revolución política, en Inglaterra tenía lugar una “revolución industrial”. Sin embargo, esta expresión no carece de detractores, entre ellos, un historiador de la talla de Rondo E. Cameron (1989, pp.163-165;1994), que sostenía que lo que ocurrió en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII a mediados del siglo XIX, ni fue una revolución, ni fue (exclusivamente) industrial. En efecto, lo que llamamos la Revolución industrial

inglesa fue más bien la aceleración de un proceso de crecimiento económico que se había iniciado siglos antes. En la portada de sus *Principios de economía*, Alfred Marshall escribió como frase liminar: *Natura non facit saltum* (“la naturaleza no da saltos”), lo que en ciencias humanas equivaldría a decir que en la sociedad no hay revoluciones, sino evolución. En este punto conviene hacer una distinción: puede sostenerse que en el desarrollo económico no se producen propiamente revoluciones, sino períodos de evolución acelerada. Está claro, en cambio, que en política sí se producen revoluciones.

Por todo lo anterior, debemos ser conscientes de que, aunque Cameron, estrictamente hablando, tenía razón, la expresión “Revolución industrial” se ha impuesto quizá por pura inercia y falta de un sintagma alternativo. Blanqui encontró una frase feliz que contrastaba el carácter político y violento que revistieron los acontecimientos en Francia a finales del siglo XVIII, con el carácter evolutivo y pacífico que tuvo el desarrollo industrial en Inglaterra en ese mismo periodo aproximadamente. Seguramente, por eso definió como “revolución” ambos procesos, para acentuar mejor que uno fue político y el otro fue industrial. Hubiera sido más propio hablar de “evolución industrial” o de “transformación industrial”, pero la frase de Blanqui habría perdido en rotundidad lo que hubiera ganado con exactitud.

La expresión hizo fortuna, pero hay que insistir en que el cambio tecnológico y su concomitante de crecimiento económico llevaban siglos de gradual progresión, algo que no puede decirse de las revoluciones políticas que hemos visto y veremos. Por eso el lector debe advertir que la revolución económica y la política, aunque entrelazadas, y siendo una causa última de la otra, no son fenómenos estrictamente miméticos o paralelos.

Gabriel Tortella, *Las grandes revoluciones*, pp. 124-125.